

Textos exposiciones

auras tibias, (*Felicidad Moreno*, Galería Distrito 4, enero-febrero de 2004), *Ubicarte*, febrero de 2004

La primera impresión que nos produce este trabajo de Felicidad Moreno es la de una gran vitalidad, como si en los ventanales del presente se hubiera colado algo que compite con la turgencia de lo actual y sin embargo es de otro orden. En las dos salas nos envuelven fulguraciones de superficie, la polifonía hipermoderna de una piel tensada, como si la pintora convocase una confluencia de seres ajenos, de vagas lejanías. No sé si se trata, como se ha dicho, de un universo esencialmente "femenino", pero sí estamos en un universo profundamente sensual. Las confusiones de escala, entre lo familiar y lo cósmico, permiten que se mueva a sus anchas un canto a lo instintivo. Late como una empresa de autoconocimiento que cuestiona sin cesar su punto de partida con una pregunta que siguiera más allá de todas las respuestas. Y esto no sólo en la persistencia dramática de unas franjas oscuras, sino ante toda en la alegría con la que evolucionan los colores claros, rotundos, brillantes.

Con un frenético aluvión de sugerencias en la piel de lo existente, la pintura de Felicidad Moreno parece canturrear en torno a un centro impronunciado. Dándole forma sensitiva a una especie de ausencia (sugerida en esa franja silente del negro, del azul, del violeta que retorna), sus cuadros tejen una ficción de hilos, manchas aleatorias, líquidos derramados, corolas u ovillos que se superponen a bandas ortogonales. Esta alternancia de la geometría y el gesto recuerda inevitablemente al diálogo entre un adentro y un afuera, el concepto y la sensibilidad, la urbe eléctrica y un misterioso exterior. Todo esto cuajado de una pulsación de feria, con sabor de tardes de sábado con confeti y helados, tonos de golosina, bloques de infancia que vuelve. Una niñez que no sería tanto una etapa cronológica que ha quedado atrás como un registro lógico, un punto de fuga que acompaña a todas las edades.

Esbozando una heráldica para este tiempo de desarraigo, Moreno ironiza también sobre lo decorativo, sobre las grecas de un querido hogar que se ha vuelto un tanto extraño. Hay exterioridad, pero la hay como una latencia que fuera domada al ser abrazada. La artista no se queda a una distancia de copia, sino que deja participar a su objeto en la fiesta de los sentidos, rodeado por la emulsión cromática. Vivimos en los cuadros una suerte de estado de gracia compatible con la velocidad contemporánea, un juguetón espacio de respiro en los entresijos de este capitalismo espectacular, lanzado sobre las sombras del mundo. Hallamos algo de la energía "americana" de un Lasker o de un Uslé, como si ahí alguien consiguiera liberarse de los fantasmas del presente y cantarlo todo de nuevo.

Esta inmanencia, esperamos, sabe de la tragedia, un dolor aludido en esa densidad metálica del azul, el violeta, el rojo fuerte. En esta tela natal donde todo germina, también el trezado de vértigo y sosiego, lo negro vuelve una y otra vez, como si no pudiéramos olvidar el lecho borroso en torno al que giramos. Un dédalo de pétalos encendidos alterna con la opacidad, con la cesura que habita el ojo. La pintora cuida igualmente los seres pequeños, la duración de lo frágil, los partos de lo precario. Como si quisiera celebrar no tanto los cuerpos como su vibración, el enigma de su visibilidad. Sin dejar de fijar imágenes, los cuadros de Felicidad Moreno son apuntes que captan el tránsito de las cosas, su anhelo. Como si amaran los bordes, una silueta que es anterior al cuerpo.

Madrid, 28 de enero de 2004.

